

## CAPITULO. V.

DE CÓMO EL GENERAL GONZÁLEZ ORTEGA FUE SORPRENDIDO EN LAS CUMBRES DEL "BORREGO."

## I

"Quien quiera que venga á Orizaba por Acultzingo, dice el elegante escritor Arroniz en su *Ensayo sobre una historia de Orizaba*, ya sea en las horas solemnes del crepúsculo, ya cuando la luz meridiana esté en toda su plenitud, disfrutará de los encantos del hermoso paisaje que prestan sus montañas.

"No es por cierto una novedad para el que conoce el territorio mexicano. Este, por su configuración misma, presenta en todos sentidos, vistas deliciosísimas; pero no hay duda que tiene algo de imponente y majestuosa, la que, al descender las *Cumbres*, contempla el viajero desde las eminencias de las revueltas del camino tajado en la montaña, que la ve dilatarse en la hermosa Cañada que llega hasta la ciudad de Orizaba.

"Atribúyese á los paisajes de las montañas—decía un ilustre poeta—cierta sublimidad; y no debe dudarse que ésta consista en la grandeza de los objetos.

"Esas palabras escritas á la vista del *Mont-Blanc*, explican las extrañas é indefinibles emociones que se sienten en Acultzingo á la vista de los horizontes y lugares que desde allí se observan.

"Al descender de las Cumbres, la vista del viajero no cesa un momento de admirar la inmensa variedad de paisajes que tiene delante: verdad es que al llegar á Acultzingo, y encaminarse á Orizaba, los horizontes son menos profundos; la mirada no puede ir más allá de las montañas situadas en primer término del paisaje; pero entonces la grandeza de las montañas adquiere mayor magnificencia.

"Todo el trayecto comprendido entre Acultzingo y Orizaba, así como el que de aquí corre hasta Córdoba, está cultivado.—Las haciendas de San Diego y la de Tecamalucan, situada ésta á 1,402 metros sobre el nivel del mar y en la falda de las cerranías, desde Acultzingo se extienden á Orizaba las pintorescas aldeas de los Nogales (Ingenio,) Huichapam y Tenango, río de las Tórtoas, forman los centros de población más

importantes que hasta llegar á Orizaba se encuentran en esta pintoresca extensión.

"Las montañas de la izquierda del camino de Acultzingo á Orizaba, describen al Norte de los Nogales, un extenso rodeo hasta el cerro de *Tlachichilco*, que conocemos con el nombre del *Borrego*, las de la derecha se dilatan paralelas al norte, y en las faldas del cerro de San Cristóbal forman un ángulo y retroceden al sursuroeste, hasta perderse en las montañas de Tequila y Zongolica, que van por una parte á la costa de Sotavento, y por otra al Departamento de Oaxaca.

"Desde el pueblo del Ingenio se nota la proximidad de un gran centro de población. El nativo de estos lugares sabe que á poco andar divisa la ciudad donde están sus más caras afecciones y sus esperanzas: sus recuerdos tristes ó alegres; y el viajero extraño é indiferente á estos sentimientos, comprende que vá á llegar á la ciudad celebrada por los poetas, y notable, así, por los sucesos políticos de que ella ha sido teatro, como por la influencia que directamente ha ejercido en los vaivenes de nuestras revoluciones políticas.

"Las montañas más notables que rodean y limitan nuestro valle, son las de San Cristóbal y las que se desprenden de ella á distancia de ocho ó diez kilómetros, se encuentran los cerros de Tuspango, Chichahuastla, sitio misterioso que la imaginación de los indígenas hizo teatro en su tiempo de sucesos sobrenaturales, según la leyenda, y el Cuautlápan, especie de santuario gentilico como el de Escamela, donde los habitantes primitivos del valle iban á hacer sus adoraciones. A menos distancia y al E. N. E., está el cerro de Buena-Vista, cuyo nombre indica terminantemente su situación con respecto al valle y las otras montañas de Orizaba.

"El cerro de Escamela se levanta en la extensa llanura de su nombre; de él se desprende hacia el Oriente, un pequeño ramal entre la hacienda del Jazmin y el rancho del Espinal, aislado completamente del resto de las cerranías vecinas: desde las alturas de Jesús María presenta una vista soberbia, con los pormenores que presenta la vista completa de Orizaba y sus cercañas."

## II.

"El cerro más próximo á Orizaba y más bajo de los que le rodean, es el de Tlachichilco ó *Borrego*.

Hé aquí la fé de bautismo del cerro, cuyo nombre conservará siempre la historia.

"En 1715, una parte de los indígenas del Ingenio, pidió hospitalidad á las autoridades de Orizaba; éstas no tenían terrenos donde poblaran aquellos emigrantes; pero el marqués de Sierra Nevada que poseía, lo mismo que el Conde del Valle, los que en esta época limitaban á la población en todas direcciones, les cedió, bajo ciertas reservas, la parte que llamamos barrio de Santa Anita. Entre estas condiciones les impuso la de que habían de dejar paso en las orillas del cerro de la Angostura ó sea El Tlachichilco, para sus ganados, que debían ir á pastar á sus tierras del Golfo.

"Establecidos, pues, los colonos allí, dieron al cerro el nombre de *Paso de los Borregos*, y en seguida el de *Paso del Borrego*, como así llaman á los restos de un puentecillo de cal y canto que existe en el punto que hoy llamamos Tlachichilco.

"Después se le llamó *Paso del Borrego*, hasta que hoy se generalizó el nombre, aplicándose también á la pequeña sabana que le separa de la población y se le llamó cerro y llano del *Borrego*.

"Esta montaña, que goza hoy día de cierta triste celebridad, figuró también en la guerra de nuestra independencia.

"En sus faldas se pasea en ciertas épocas del año nuestra población. Su aspecto es árido y triste en la parte más próxima á la ciudad, cuando es risueña y pintoresca á medida que se extiende al Oriente y se une á las cerranías del volcán."

### III.

El ejército del general Zaragoza se dirigía á la toma de Orizaba después de la memorable batalla de Barranca Seca.

El 5 de Junio había llegado el general González Ortega á la ciudad de Puebla, donde fué acogido con el mayor entusiasmo.

Ortega ha sido uno de los hombres más populares como caudillo de la revolución progresista, su fortuna como soldado ha sido grande, y si alguna vez la suerte le ha negado sus favores, no por eso ha desmerecido en sus cualidades de valor y patriotismo.

México lo recordará en las páginas más gloriosas de su historia, el viajero pronuncia con emoción su nombre en los ciertos campos de Silao y Calpulápan.

La adversidad sigue los pasos del bravo general, y esta circunstancia nos favorece para colocar en el puesto histórico del cual han tratado de arrojarlo sus adversarios después de la pérdida de Puebla en '62, y en el que lo sostiene el sentimiento nacional.

Ortega ha tenido sus errores como todo hombre público pero como patriota, México se honrará en presentarlo entre sus hombres cuando las pasiones hayan desaparecido en la tumba abierta á la actual generación.

El general Zaragoza ofreció el mando en jefe del ejército á su antiguo general; este hecho pone en relieve la hidalguía y caballería del héroe del 5 de Mayo.

Ortega le contestó que se honraría en militar á las órdenes de tan bravo caudillo.

Acciones como esta son dignas de un corazón republicano en la heroicidad sublime de sus sentimientos.

### IV.

Zaragoza intimó rendición á la plaza de Orizaba, dirigiendo una comunicación fechada en Tecamalucan á 12 de Junio de 1862:

"Tengo datos para creer que usted y los jefes y oficiales de la división de su mando, han remitido una protesta al emperador, contra la conducta del ministro Saligny, por haberlo arrastrado con engaño á una expedición contra un pueblo que antes de ahora ha sido amigo del pueblo francés. Esta circunstancia, y el conocimiento de la situación difícil que guarda el ejército francés y el deseo de procurarle una retirada honorífica, me deciden á proponer á usted una capitulación, cuya base principal sea la evacuación del territorio de la República en un tiempo convenido.

"Creo que mi gobierno no reprobará este nuevo llamamiento á la paz; porque sin traslimitar mis atribuciones, puedo evitar el derramamiento de sangre de los hijos de dos naciones á quienes sólo el error y la intriga, han podido hacer aparecer como enemigos, y este pensamiento ha sido el del gabinete constitucional desde el principio de la invasión.

"Si no acepta este ofrecimiento hecho á parte de los franceses que vienen de buena fé, habré llenado mi último deber en la vía humanitaria, y procederé á cumplir con las órdenes que tengo, pesando entonces la responsabilidad de lo que venga, únicamente en los que se han obstinado en una empresa condenada por la razón y la justicia.— *I Zaragoza.*"

Laurencez reunió á los jefes de su ejército para consultar sobre la nota de Zaragoza desconfiando de su opinión; porque desde la derrota de Puebla andaba medio loco el pobre general en jefe.

Después de muchos proyectos de contestación, dirigió una evasiva que es como todos los documentos franceses, un tejido de mala fé y subterfugios.

Ocurriósele al desdichado Laurencez declinar la responsabilidad de una decisión puramente reservaba, al jefe de un ejército, en un plenipotenciario.

Hé aquí la célebre nota del derrotado de Puebla.

“Cuerpo expedicionario de México.—Gabinete del general comandante del cuerpo.—No hallándose revestido por su gobierno el general en jefe de las fuerzas francesas en México, de los poderes políticos, que los ha conferido todos á M. de Saligny, le es imposible entrar en la vía de las negociaciones que le es propuesta por el general Zaragoza. El ministro de Francia es el único que tiene autoridad para recibir proposiciones de esta naturaleza.—Orizaba, Junio 12 de 1862.—El general conde de Laurencez.”

Entrar en relaciones con el infame que había violado los preliminares de la Soledad y declarado que su firma valía menos que el papel en que estaba puesta, era rebajar la dignidad de la República.

Zaragoza dispuso su ataque, y sin hablar una palabra se dirigió con su ejército en son de guerra á los alrededores de Orizaba.

## V.

El día 13 de Junio llegó Zaragoza con su ejército á una milla de distancia de la garita de Orizaba, mientras la división del general Ortega, atravesando el camino de Maltrata, estaría en la tarde del 13 ó mañana del 14 en el cerro del Borrego, que como hemos visto, se interpone entre la garita y el casco de la ciudad.

Zaragoza contaba con que el enemigo, batido en su flanco derecho y aislado de su primera línea, tendría que retirarse á la iniciación del movimiento, y la batalla estaba ganada.

Zaragoza dispuso su ataque que debía comenzar á las once y media del 13, y el fuego de sus armas, sería la señal á Ortega para que cargase sobre el punto de la Angostura simultáneamente con las columnas de su campamento, que se arrojarían sobre la posición.

La derecha de la batalla la ocupaba el general Berriozábal, la izquierda el general Antillón, y el centro y reserva la división Negrete y veintidós piezas de batalla á uno y otro lado del camino.

A la hora señalada se rompió el fuego; pero desde luego se observó que los franceses no eran inquietados.

—Ortega aun no ha llegado, dijo Zaragoza, mañana al amanecer daremos el asalto.

Pasóse el día en pequeñas escaramuzas, no sin una grande ansiedad, en espera de la ocupación del Borrego, punto objetivo de la combinación.

Zaragoza pasó en vela la noche, recorriendo su campo y temiendo una salida de los franceses.

El hombre del 5 de Mayo no sería jamás vencido por el enemigo extranjero.

Pocos meses después, amigos y adversarios, decían con voz solemne: *¡ya estaba escrito!*

## VI.

El general González Ortega había hecho una peregrinación que formará época en nuestra historia.

Las cuevas de Maltrata no han recibido hace muchos años el golpe de la barreta.

Ortega tuvo que enviar una sección de zapadores que fuera separando las piedras y la yerba que obstruía la antigua vía.

Entre aquellas rocas caminaban nuestros sufridos soldados, llevando en muchos puntos la artillería en peso.

Conservando en lo posible su formación, atravesaba aquel valiente ejército las rocas y las malezas, perpetuo y terrible obstáculo para una marcha en que se contaba minutos á minutos su duración.

Llegó la noche, y las sombras formaron un denso velo que no podía romperse con el fuego de las hachas, porque el enemigo se apercibiría y la combinación estaba perdida.

Entonces con un entusiasmo heroico, aquí desbarrancándose un grupo de infantes, allí, quebrándose el armón de una pieza, más allá, desgranándose las ruedas de un carro, allá, rodando un caballo en el abismo, siguió la pesada marcha del ejército en un silencio sombrío, precursor acaso del desastre.

Aquella tropa de héroes merecía la victoria.

Repentinamente se alzó un murmullo casi imperceptible que circuló desde las primeras filas hasta las últimas, como un golpe de viento sobre las espigas de un sembrado.

—El ejército estaba sobre la cima del Borrego.

A corta distancia se veían las luces de la ciudad y las fogatas del campamento enemigo; hasta el toque de las campanas se escuchaba en la cima de la montaña.

Ortega hizo conducir media batería de montaña á tiro de pistola de la garita.

Al amanecer, los franceses se encontrarían flanqueados y en toda regla debían retirarse hacia el flanco izquierdo y defenderse en la ciudad.

Zaragoza había concebido el plan más seguro y su combinación no podía turbarla sino esa mano invisible de la fatalidad.

Organizáronse las columnas en el mayor silencio.

El 4.º batallón de Zacatecas sostenía la posición avanzada.

Las piezas tenían descubiertos sus fuegos sobre la garita y la ciudad.

Practicóse violentamente un camino hacia la cima del cerro, por donde apenas cabía un infante.

En aquel punto se colocó el Batallón de Durango y el 1.º de Zacatecas, luchando con las dificultades del terreno y la oscuridad de la noche.

El valiente general Llave y coronel Pedroza quedaron á la vanguardia del ejército.

Cierto es que el general González Ortega no había podido llegar el 13 á las *once y media*; pero se encontraba dispuesto para el asalto que debía tener lugar el 14 á la madrugada.

El general dió parte á Zaragoza de que su ejército ocupaba la eminencia del *Boriego*, señalada en el plan de operaciones para el próximo asalto á la ciudad de Orizaba.

## VII.

En el campamento francés reinaba una grande inquietud.

Laurencez y Saligny se paseaban tras uno de los parapetos empeñados en una conversación acalorada.

—Señor Conde, decía Laurencez, estamos perdidos, no creo en el éxito de un asalto; pero el sitio es infalible, á esta hora debe estar interrumpido el camino de Veracruz.

—Es necesario pensar, respondió Saligny, y por que el negocio está muy serio.

—Me habíais dicho que nos recibirían con flores, y no son malas las que nos la enviado todo el día en sus granadas el enemigo.

—Almonte me la engañado como á un chino.

—No debíais haber creído en la palabra de ese hombre que vive en el mundo de las ilusiones.

—Ya lo veo.

—Ahí le tenéis dando decretos, queriendo volver su papel dinero, y después derogando los acuerdos que ayer le parecían ciertos.

—Esojme tiene sin cuidado, porque al Jefe supremo no hay que obedezca, y si Zaragoza como Orizaba, será al primero que cuelgue de una almena.

—Lo deseo ardientemente, porque me ha expuesto al bochorno de una derrota, estoy seguro que S. M. el emperador me va á destituir.

—Ya he escrito que no tenéis culpa alguna en el descalabro del 5 de Mayo.

—Yo estoy perdido en el presente y en el porvenir.

—Mañana va á ser un día funesto para nosotros.

—Mucho lo temo, porque la tropa comienza á perder la moral.

—Eso si me asusta.

—No obstante, estoy seguro de rechazar á Zaragoza.

—No creais que se lance así no más sobre las trincheras, eso sería una gran fortuna para nosotros, porque la derrota sería inevitable.

—¿Qué hora tenéis?

—Las doce y media.

—Durmamos un momento.

—Yo velo esta noche, señor ministro.

—Buenas noches.

El Conde Laurencez siguió sus pasos entregado al dolor de sus pensamientos.

## VIII.

—¿Quién vive? gritó el centinela del parapeto al oír el golpe de un caballo.

—Amigo, respondió el jinete.

—¡Alto!

Don Fernando Moncada, que se hallaba en el Estado Mayor de Laurencez, salió precedido de una patrulla á reconocer al hombre del caballo que se acercaba á hora tan avanzada de la noche.

Reconociéronse Manzanedo y Don Fernando.

—Gracias á Dios, dijo Manzanedo, que os encuentro, señor conde.

—Mucho debe importaros, donde os atrevéis á atravesar entre el campamento enemigo.

—Sí, mucho; vengo á avisar que estáis perdidos.

—Eso ya lo sabemos, mi presencia aquí os lo puede anunciar, he querido morir matando, y soy ayudante del general Laurencez.

—Este incidente favorece mi empresa, conducidme al cuartel general.

—Es en vano, aquí está Laurencez.

—Necesito hablarle.

- Venid, amigo Manzanedo.
- Estoy muerto de cansancio, no puedo andar.
- Apoyaos en mi brazo.

## IX.

Los dos aventureros se dirigieron al parapeto donde el general se paseaba aún, agobiado por lo terrible é imponente de su situación.

-Señor general, dijo Don Fernando, aquí os busca una persona

-¿Le habéis reconocido?.....¿viene desarmado?.....¿quién es?..... ¿á qué viene?.....¿qué me quiere?..... Llevadlo preso al memento.

-Es un amigo mío que trae un negocio de importancia.

-¡Ah! es vuestro amigo, vos me responderéis de un atentado.....

-Con mi vida, señor general.

-Pues que adelante, y pronto, porque yo tengo algunas cosas importantes de que ocuparme.

Adelantó Manzanedo, y saludando apenas á Laurencez le dijo:

-Una persona que vos conocéis, y que se halla en Puebla en estos momentos, me envía á comunicaros una noticia en que va vuestra existencia y la del ejército francés.

-Hablad, ya sé quien os envía.

-El general Ortega se ha desprendido del campo de Zaragoza, y por las cuestas de Ma. trata y esta noche, llegará al cerro del *Borrego*.

-¡Es imposible, caballero! he practicado esta tarde un reconocimiento y no hay camino posible.

-Señor general, vos no conocéis á González Ortega.

-¿Y qué importa? ese hombre no puede hacer milagros.

-Creedme, señor general, el ejército republicano os flanqueará mañana al amanecer.

-Voy á practicar otro reconocimiento y á poner á mis exploradores, esta misma noche os daré mis instrucciones para que volváis á Puebla.

-Estoy á vuestras órdenes.

-Alojaos en el cuartel general.

-Me quedo en la garita con vuestro ayudante Moncada.

-Como gustéis.

Laurencez mandó á sus exploradores, que regresaron dándole la noticia de que las fuerzas republicanas habían ocupado el cerro del *Borrego*.

## X.

El ejército de González Ortega estaba rendido de fatiga por marcha tan trabajosa.

Luego que entraron en calma, los soldados se entregaron al sueño, fiados en la vigilancia de las guardias.

El oficial que custodiaba las piezas avanzadas á la primera línea, y que había hecho el camino á pié, se rindió al sueño.

Laurencez formó una columna con los soldados del 99 de línea y encomendó la expedición á uno de sus jefes más avisados.

El general francés jugaba el todo por el todo.

Si sorprendía á Ortega, la cuestión se aplazaba; si Ortega se mantenía firme en sus posiciones, era necesario retirarse y después capitular.

La columna avanzó lentamente sobre la falda del cerro en el mayor silencio y con todas las precauciones de quien va á sorprender á su enemigo.

Lijeros como el rayo, rápidos como el golpe telegráfico, se lanzaron sobre las piezas y acuchillaron á los artilleros.

Avanzaron decididos sobre el batallón de Zacatecas, que estaba en un profundo sueño, y comenzaron á asesinar á los infelices soldados.

Apercibido el general Llave de lo que pasaba, dejó oír su voz en medio de aquel terrible desorden, y lanzó á los soldados que pudo organizar sobre los asaltantes, trabándose un combate sangriento en la obscuridad de la noche.

El enemigo fué rechazado y sus fuegos apagados por un instante.

El general Ortega conservó su sangre fría en aquellos momentos, según aparece por las órdenes que dió sobre el campo.

Dispuso que el general Llave se encargara de las compañías del 4.º Batallón, no obstante que había perdido la moral, según avisó el general Llave y que siguiera acupando su puesto sin ceder un palmo al enemigo.

Mandó que el general Alatorre con dos compañías del primer batallón de Zacatecas, reforzara al general Llave.

Ortega se quedó en el centro, que era el punto que estaba defendido.

## XI.

Laurencez, que había logrado su objeto, quiso completarlo y envió una fuerte columna luego que percibió que sus fuegos habían sido apagados.

Antes de las cuatro de la mañana, y en medio de una den-

sa obscuridad, se renovó el combate en medio de una lucha reñida y sangrienta, sosteniéndose el ataque en los dos puntos en que estaba el ejército de Ortega.

El combate dió por resultado la muerte del coronel que quedaba del otro batallón de Durango; y Fontunato Alcocer cayó espirante á los pies de su bandera.

Yacían tendidos en el campo, presa de heridas mortales, el jefe de Durango, el teniente coronel del batallón que poco antes había perdido á su coronel, y el general Llave.

Alatorre quedó cortado sin que le fuera posible reunirse á la fuerza de Ortega, que luchaba desesperada defendiendo el centro de sus posiciones.

Sin jefes, y con multitud de heridos, sin tener donde colocarlos, sino en el pequeñísimo terreno que ocupaban las fuerzas, lleno de arbustos, de peñas y de barrancas, se resolvió Ortega á hacer un último y supremo esfuerzo, alentó con voz de trueno á sus soldados y oficiales en medio del fuego que sostenían al subir las fuerzas francesas la cima de la montaña.

Trabóse de nuevo la batalla con un encarnizamiento espantoso, y solo se oía en la obscuridad el choque de las bayonetas y el alarido salvaje de la matanza.

Los tiros se disparaban á quemarropa y sin saber quién daba la muerte ni quién la recibía.

Las tinieblas envolvían en un manto de muerte á los combatientes.

En medio de aquella confusión espantosa se oía el acento aterrador de Ortega, que llamaba en torno de sí á sus soldados, y los excitaba á combatir como buenos.

Aquella voz que el bravo general quería que fuese una bandera para sus soldados, una bandera de fuego que se distinguiera entre el seno de la obscuridad, atrajo á los franceses que buscaron con sus bayonetas el pecho de donde salía.

Acercóse un soldado francés, percibió al general Ortega y se lanzó para darle la muerte; pero el joven Joaquín Ortega, que tenía preparado su revolver, lo disparó sobre la frente del soldado, que cayó muerto á los pies del general.

## XII

Aquella confusión no podía durar, era necesario poner un término al combate, porque aquella zambra mortífera era la precursora de una completa derrota.

Los clarines comenzaron á tocar retirada.

Ortega comenzó á hacerse centro de sus batallones, y luchando palmo á palmo, y muriendo y matando, y dejando un

reguero de sangre en las rocas del camino, se puso fuera del alcance de los franceses, sin que éstos quisieran aventurar su triunfo en una marcha infructosa.

Laurencez había logrado desalojar á González Ortega de la cuesta del *Borrego*.

Aquello sin duda era una victoria.

Ortega se detuvo á doscientas varas del enemigo, y con el resto de su ejército esperando las órdenes de Zaragoza para ayudarle en su movimiento.

A las nueve de la mañana, comprendiendo que el plan estaba frustrado, atravesó las cuestas y tomó cuarteles en el pueblo de Jesús María, donde fecho su memorable nota que se registra en la historia, el 14 de Junio de 1862.

Ortega, siguiendo la ley invariable de la guerra, lleva sobre sí la responsabilidad de esa derrota.

Los esfuerzos heroicos del mariscal Ney no han podido absolverlo en la derrota de Waterloo.

Zaragoza absorbe los rayos de gloria que alumbraron á todo su ejército, y su nombre se saludará único en los recuerdos nacionales.

## XIII.

Al amanecer de ese día funesto y en los momentos en que Ortega era sorprendido en la cima del *Borrego*, Zaragoza rompió su fuego de artillería sobre el enemigo.

Laurencez, seguro con la victoria alcanzada sobre Ortega y viendo cubierto el flanco por donde hubiera recibido la herida mortal de la derrota, contestó con sus cañones los disparos del campo republicano.

El general Santiago Tapia cayó herido á los primeros disparos.

Zaragoza estaba sombrío como la fatalidad, atravesaba en todas direcciones recorriendo su batalla, los proyectiles se arrastraban á los pies de su caballo, parecía que la muerte lo seguía de cerca sin osar á aquella existencia reservada á la mano poderosa de Dios.

Unos oficiales dispersos trajeron al campo la noticia del desastre.

Entonces ya no había más que retirarse á meditar un plan nuevo para dar un golpe seguro al enemigo.

Zaragoza no quería retirarse á la luz del día.

Laurencez, envalentonado y orgulloso con su triunfo microscópico, adelantó una columna al campo republicano, creyendo poder arrollar á los soldados de Puebla.

Brilló en el rostro de Zaragoza una irradiación de gozo invaje.

Mandó callar su artillería, mientras Berriozábal organizaba sus columnas.

Luego que los franceses se acercaron á tambor batiente y paso redoblado, protegidos por sus cañones rayados, á una distancia de doscientos metros, Zaragoza mandó romper el fuego, y veinte piezas de batalla vomitaron bronce por sus bocas de hierro, convergiendo sobre la columna que retrocedió espantada.

Rehízose á los pocos instantes y tornó á embestir con bravura; entonces artillería é infantería descargaron sobre el enemigo, que diezmando y en dispersión llegó en fuga á sus parapetos.

Zaragoza estaba satisfecho.

La fortuna le había arrojado un laurel más á su frente en medio de la terrible vicisitud que hirió de muerte á una sección de su ejército.

A las doce de la noche movió su campo en dirección á Tecamalúcan.

## CAPITULO VI.

DE COMO HAY SUEÑOS QUE PARECEN REALIDADES, Y REALIDADES QUE PARECEN SUEÑOS.

### I.

La noticia de la retirada fué un rayo de luz en el alma de Doña Blanca de Montemolín, que se creía enteramente perdida y alistaba su viaje para Inglaterra.

Las circunstancias la favorecían para entrar en el mundo de la intriga, toda vez que el movimiento de Zaragoza importaba un armisticio.

Aquella suspensió era de buen agüero para la hija de Carlos Luis de Borbón, sus esperanzas se reanimaron como las plantas al rayo del sol.

Aquella mujer ambiciosa puesta en contacto con los hombres de la intervención y comprometida en la lucha revolucionaria, tentaría cuantos medios estuviesen á su alcance para la realización definitiva de sus planes.

La infeliz condesa seguía en el alucinamiento de sus ensueños, en el vértigo siempre creciente de su delirio.

La noticia dada á Laurencez sobre el plan de Zaragoza y comunicada casualmente por sus espías, había surtido un éxito completo, y los franceses se hallaban satisfechos, porque sin el aviso de Doña Blanca, Laurencez estaba derrotado.

Cuando la Montemolín vió regresar en cuadro á aquellos hermosos batallones que días antes habían atravesado orgullosos por la ciudad, se quedó profundamente pensativa.

—Así es la gloria, murmuraba la joven, humo que se disipa al primer choque del viento, ola que se apaga con las arenas de la orilla!..... Ayer todo era gloria, porvenir, ilusión, felicidad; hoy tornan del campo de sus esperanzas con la frente cubierta de polvo y el semblante cadavérico por la desesperación!..... ¡pobre humanidad! ¡siempre soñando!.....

Doña Blanca no comprendía que ella formaba parte de esa larga serie de soñadores que ven despiertos imágenes y horizontes que no existen.

Rodeada del centro luminoso que irradia en el cerebro cuando se va en pos de lo desconocido, y que dándole forma al pensamiento se cree tocar ese resorte, que una vez movido nos dará entrada al mundo encantado de las apariciones y de la gloria, no percibía que entre el hombre y sus esperanzas hay siempre un abismo sin fondo que se llama *predestinación*.

Joven, descendiente de una raza tenaz y caprichosa, y nacida bajo el sol de España, su pensamiento era un foco de fuego que la llevaría á las empresas más irrealizables y al camino más extraviado.

Educada en Inglaterra, creyendo en sus primeros años que alguna vez le prestaría su sombra ese ancho dosel de la monarquía española, teniendo siempre súbditos á sus órdenes, porque á los Borbones les sirven aún de rodillas en su destierro; se creía digna de figurar entre los suyos.

Se alzaba á la altura de su nombre, veía á Doña Isabel II como á la gran usurpadora de los derechos de su padre, creía que despertando al pueblo al grito sonoro de una *restauración*, se levantaría proclamando á la raza desheredada, y todo aquel aparato brillante desaparecería ante la legitimidad de los hermanos de Fernando VII.

Veía á su lado al héroe de la revolución carlista, á ese conde de Morella tan temido, á esa espada que había brillado vencedora en cien campos de batalla y que dejaría el escudo de armas del veterano á la primera señal de sus señores.

Doña Blanca creía tener en sus manos el rayo.

Cuando vió aplazarse la revolución legitimista, desde aquella isla arenosa centro del poder y de la civilización, se volvió á los mares de la India Occidental, y en el virgen continente creyó ver su acta de *reconocimiento*.

Atravesó en pos de ella las olas del Atlántico, tocó con atrevida planta las playas mexicanas, y cediendo á la misión que de antemano se había impuesto, entró en el anfiteatro de la política como el gladiador del destino, llamó á la fortuna, la retó en un duelo á muerte, y la fortuna, que por un momento se mostró orgullosa, yacía vacilante, indecisa ante la arrogancia magnífica de aquella mujer.

## II.

Zaragoza se había retirado del campo de Orizaba, esto era un golpe terrible á la revolución; no obstante, la alarma crecía en el campamento francés, porque el héroe de Puebla era una amenaza constante, era la nube preñada de rayos y que vagaba en el espacio, el primer choque sería terrible.

Laurencez se parapetaba lleno de terror, y la nación entera llena de fé y entusiasmo, lo esperaba todo de Zaragoza.

Nadie podría creer que el bravo general cedería los honores de la victoria sin haber perdido tras la última fila su existencia.

Laurencez no se atrevía á dar un solo paso fuera de sus parapetos, estaba en jaque perpetuo.

El presidente Juárez apeló lealmente al juicio nacional, hizo un llamamiento al pueblo.

“El gobierno supremo de la República, que ni se enorgullece con los triunfos ni se abate con los reveses, ha dictado en el acto las órdenes que demandaba el caso, y cuyo resultado será que antes de tres semanas esté repuesta la fuerza perdida y nuestro ejército en posición de volver á tomar sobre los invasores la ofensiva que sólo se suspende momentáneamente.

“El pueblo mexicano se ha mostrado hasta hoy digno de la causa que defiende, y no serán los azares de la guerra los que le hagan cambiar la conciencia que tiene de su justicia.

“El gobierno marcha adelante de ese mismo pueblo con una bandera invencible, porque es nacional, y con una fé firme de que el destino futuro de México es ser una República soberana é independiente.”

El país entero respondió á la evocación de sus sentimientos patrióticos, y se agrupó armado en torno de su estandarte.

Los Estados todos de la Confederación mexicana alistaron su contingente de sangre, y á los pocos días surcaban en todas direcciones partiendo de la circunferencia al centro, cuantos hombres pudieron armarse, para formar un núcleo poderoso y ponerse frente á frente de la arrogancia de los ejércitos de Napoleón III.

## III.

El estudiante Mondoñedo seguía muy grave de su herida á consecuencia del atentado de suicidio, en el arranque terrible de su amor burlado.

Sabía que una señorita Amelia Brown, sin sospechar que Doña Blanca se hubiera atrevido á pisar los sagrados umbrales de aquella casa, se hallaba alojada en compañía de Eloisa.

El estudiante no había dado importancia á aquel suceso, primero, porque su enfermedad se hacía cada vez más grave, y segundo, porque había en la ciudad gran número de emigrantes, y no encontraba extraño que el señor Mons, diera albergue á sus amigos.

Cuando Doña Blanca supo que Mondoñedo se encontraba allí, conoció el peso de su imprudencia, pero resuelta á afrontar todo cuanto sobreviniese, esperó la noche para entrar en el cuarto de su antiguo apasionado.

La casa estaba en silencio y la noche avanzaba en todo su peso.

La calentura tenía aletargado al estudiante que deliraba en voz alta.

La estancia estaba alumbrada por la luz tenue de una lámpara encubierta con el velador.

Dió la una en el reloj del aposento de Doña Blanca.

Salióse recatadamente, atravesó los corredores, empujó levemente la puerta de la estancia, y se detuvo, porque creyó oír alguna voz.

Mondoñedo seguía agitado en su delirio.

—Ella, sí, ella, tan hermosa como siempre; hay dos llamas que salen de sus ojos y penetran en mi corazón.....silencio ..... silencio.....sus labios se mueven y la visión va á hablar.....me llama...¿qué me quiere?.....Ya he sacado mi corazón del fondo de mi pecho para ofresértelo, y lo has estrujado con tu planta .....oye, mírame arrodillado á tus piés con la frente apagada por los pesares; pon tu mano en mis mejillas, conservan aún la humedad del llanto; porque he llorado mucho por tí.....mucho hasta agotarse el raudal de mi alma.....El ardor calenturiento de mi cerebro ha acabado por calcinar mi pensamiento y con él las imágenes todas de la juventud; sobre esas cenizas queda en pie una visión..... ¡jellal!..... Yo te he amado como al Dios de mi existencia.....tu amor se puede contar por los latidos de mi corazón y las terribles convulsiones de mi espíritu...Yo he sentido palpar la vida cuando tus ojos se han pasado en los míos y tus miradas han caído á plomo sobre mi existencia desgraciada.....Inclinas tu cabeza y tus ojos se llenan de lágrimas



al ver las heridas profundas de mi corazón.....acércate.....más.....más todavía.

Estremecióse el estudiante como si la visión de su sueño se acercase realmente á su lecho.

—Delira, dijo Doña Blanca, y avanzó hasta la cabecera del enfermo.

Mondoñedo abrió los ojos calenturientos, y exhaló un grito que apagó la atrevida mano de la condesa.

—¡Silencio, por Dios! dijo Doña Blanca; silencio, yo os lo suplico en nombre de vuestro amor!

El estudiante comprendió que era realidad lo que pasaba á su vista, y se incorporó, decidido á despedazar el velo de aquel misterio.

—¿Qué buscáis aquí, señora?

—Necesito hablaros.

—¿Cómo habéis penetrado en esta casa?

—Bajo el nombre de Amelia Brown.

—Pero esto es horrible.

—Silencio.

—No sabéis que la señorita Mons es la novia de Don Fernando?

—Lo sé, caballero, esto me ha traído.

—Pero ¿qué intentáis señora?

—Nada, joven, nada.

—No comprendo entonces vuestra permanencia en esta casa.

—Vais á oírme.

—Ya os escucho.

—Nada se os esconde que soy hija de Carlos de Borbón.

—Lo supe esa noche funesta que ha dejado huellas tan hondas en mi corazón.

—Oídmelo: arrojada en ese turbión, estoy empeñada en una lucha tremenda, en la que juego mi existencia ya comprometida.

—Señora, os compadezco.

—Vos sabéis que conspiro incensatamente, que no he traído otro objeto á esta ciudad.....

—Señora, callad por compasión, no me hagáis cómplice de vuestros secretos.

—¿Y qué importa si ante voz aparezco como soy?

—Yo nada sé, nada quiero saber.

—Una sola palabra de vuestros labios será suficiente para perdernme.

—No la pronunciaré, señora: no os devolveré ofensa por ofensa.

—Yo apelo á vuestra caballerosidad.

—No tenéis derecho á ella; pero sois una dama y no atropellaré los deberes que me impone mi honor.

—Gracias, caballero.

Guardaron ambos personajes un prolongado silencio. Mondoñedo veía á su lado á aquella mujer que había sido la primera pasión de su vida, sentía por momentos volver á su corazón aquel cariño gigante de otros días, la presencia de Doña Blanca le subyugaba y sus fuerzas se agotaban ante la ilusión que resplandecía por momentos en el horizonte de aquella alma hecha pedazos.

La hora, el silencio de la noche, la hermosura deslumbradora de aquella mujer destacándose en las sombras transparentes de la estancia, todo contribuía á excitar aquel cerebro, presa de la calentura.

—Rosa, Rosa, dijo al fin el estudiante; yo no sé que sois Blanca de Borbón, me parece veros en la casa donde os conocí bajo ese nombre y al amparo de un anónimo dulce y transparente.

—Callad, Caballero.

—Era entonces feliz!.....sí porque vivían mis esperanzas y mi corazón soñaba con el paraíso del porvenir.....el amor de Rosa era toda mi ilusión, todo el sueño de mi espíritu..... aún no caía de mis ojos la espesa venda que vuestra mano había puesto delante de mí.....¡que bello era amaros! sentir en el fondo del pecho la bienhechora sombra de la ilusión; porque yo os amaba con frenesí, como nadie ha amado hasta ahora; por vos hubiera sido capaz de todo, os lo había dicho hasta de un crimen!.....aquella pasión estaba engendrada por un sentimiento impío, que debía horrorizaros, ¿no es verdad? No era el arco del cielo sobre el corazón, era el genio de la fatalidad quien me impulsaba hasta vos en el aliento del infierno.....huid!.....huid!.....este fuego es de maldición.....lo creía extinguido.....muerto.....y ahora vuelve á abrasar mi alma; creía que ya no os amaba, y sin embargo, palpita mi corazón como en aquellas horas de demencia en que érais para mí el arcano de la vida, el centro de ese mundo que giraba en torno de mi existencia.....apartaos.....ved que estamos solos y la fiebre acude en una irradiación terrible á mi cerebro.....huid por compasión!

Doña Blanca tomó la mano del mancebo y le dijo dulcemente:

—Si mis lágrimas son bastantes para que me perdonéis todo el mal que os he hecho, miradme, el llanto corre por mis pupilas, y el dolor oprime mi corazón!.....

—Me vuelvo loco! exclamó Mondoñedo; yo no tengo que perdonaros, todo lo debo al destino.....vos sois el ángel de las venganzas.

—Yo me arrepiento, no os conocía; cuando me he asomado al abismo de vuestro pecho, os he visto grande, y he retrocedido llena de espanto.

—Os tengo miedo, os volveis á apoderar de mis sentidos como antes, vuestro contacto me contagia, tened compasión de mí; nada temáis, mi alma es un sepulcro, y vuestro secreto quedará en esa tumba donde duermen mis ilusiones.

—Nada os exijo.

—En cambio, os exijo una promesa.

—Hablad, caballero.

—Juradme que la señorita Mons no está amenazada con vuestra presencia.

La condesa reflexionó un momento, y dijo solemnemente:

—¡Lo juro!

—Juradme que la ampararéis, si por alguna fatalidad la desgracia la persigue.

—¡Lo juro!

#### IV.

El estudiante cayó otra vez en el sopor vago de la fiebre, y la aparición de la condesa comenzó á desvanecerse en el mundo irrealizable hasta confundirse en el tropel de visiones que embargaban su fantasía.

La condesa llegó á su aposento y se puso á pasear como una demente.

—¡Dios mío! exclamaba, ¿cómo salir de este huracán que envuelve mi existencia?..... Cuanto más se acerca el momento en que debo ver realizar mis esperanzas, más turbación se filtra en mi espíritu y más se abate mi corazón..... á veces maldigo la ambición que me arrastra fuera de mi hogar y á un terreno desconocido..... quisiera volver á Europa..... pero no sería horrible haber venido en pos de un título para estar en el sólio de mi rango, y tornar proscripta y desairada..... ¿Cómo me presentaría ante Don Juan de Borbón?..... Sólo el conde de Morella me indemnizaría con su cariño paternal de las angustias que he sufrido..... ¿Y qué me importa su ternura llevando un nombre supuesto, porque los Borbones no reconocen á la hija del príncipe Don Carlos?..... Es necesario luchar, luchar hasta el fin con el destino..... los últimos golpes á ese genio de la adversidad han sido terribles..... aun escucho el ruido de los cañones..... no vuelvo aún de esa pesadilla..... pero esos ecos de muerte se han alejado como los truenos de la tempestad..... comienza una nueva era en la política y las alas de mis aspiraciones se abren á una atmósfera más tranquila..... Esperemos!..

#### V.

La luz del crepúsculo comenzaba á penetrar por los cristales de las ventanas, y Doña Blanca permanecía aún entregada á sus pensamientos.

La ciudad levantaba ese rumor vago que hace al despertar.

Los tanbores tacaban dianas y los bronces sagrados saludaban la primera luz del amanecer.

La joven se sintió fatigada por vigilia tan prolongada y tirando las cortinas, se entró en el lecho y durmió perfectamente.

### CAPITULO VII

#### DE LA ORUGA QUE MINA EL CIMIENTO DEL PEDESTAL.

#### I.

El general Zaragoza había llegado á la capital para ponerse de acuerdo sobre el plan de campaña.

El pueblo acudió en masa á felicitar al héroe del 5 de Mayo, y rendir sus homenajes al genio de la victoria.

El pueblo ignoraba que sus sagradas ovaciones serían las últimas que tributaría al vencedor de los franceses durante los cortos días de su existencia.

Zaragoza recibió las felicitaciones patrióticas de la capital y á las veinticuatro horas regresó á su campamento.

Nada más alegre que la población de San Agustín del Palmar durante la estancia de las fuerzas republicanas.

Los hermosos portales estaban llenos de gente y la plaza enteramente cubierta de vendimias.

Las mujeres de los soldados llenaban los cuarteles y la mayor animación reinaba en el campamento.

El Capitán Martínez, que estaba convaleciente de su herida, hacía centro de conversación en una fondita del Palmar.